

EL BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES* QUE HA
ESCANDALIZADO A LA OPINIÓN PÚBLICA DE EE.UU.

JOHN LEFEVRE

DIRECTO AL INFIERNO

SEXO, DROGAS Y CODICIA: LAS ESCANDALOSAS
CONFESIONES DE UN BANQUERO DE WALL STREET

DEUSTO

Directo al infierno

Directo al infierno

Sexo, drogas y codicia:
las escandalosas confesiones
de un banquero de Wall Street

JOHN LEFEVRE

Traducido por Albert Cuesta



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Straight to Hell*

Publicado por Atlantic Monthly Press, 2015

© 2015 John LeFevre

© de la traducción Albert Cuesta (Thesaurus Serveis Documentals, S. L.), 2016

© Centro Libros PAPP, S. L. U., 2016

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2492-4

Depósito legal: B. 17.271-2016

Primera edición: octubre de 2016

Preimpresión: Medium Preimpressió

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Nota del autor	11
1. Windows on the World	17
2. Una mentalidad delictiva	25
3. Oda al <i>Póquer del mentiroso</i>	34
4. La visita materna	44
5. El traslado	55
6. Cuelga, que te llamo al móvil	66
7. Estrategias de socialización	80
8. La alfombra o la polla.	90
9. De gira	101
10. El salvaje Este	111
11. La pausa del mediodía	133
12. El Warren Buffett de Shanghái	148
13. Bluetooth	163
14. La emboscada	170
15. Principitos y yogurcitos	180
16. El primer día en la escuela.	193
17. Porque son unos capullos	204
18. El minibar.	221
19. Normas de conducta en las teleconferencias.	226
20. Purguemos los malos instintos	238
21. Un largo día.	262
22. Empiezo una lluvia	273
Epílogo	285

Windows on the World

«Por favor ¿nos sirve otra ronda de Bloodys?»

Estamos en agosto de 2001 y estoy tomando unas copas en el Windows on the World, en la cima de la Torre Uno del World Trade Center, con unos colegas de mis colegas en el curso de formación Salomon Brothers para nuevos analistas. Sólo son las 9:30 de la mañana, pero nos da lo mismo. La mayoría de mis compañeros de copas son europeos o están bien relacionados. El resto no se ha atrevido a saltarse la clase: están todos en el auditorio del 7 World Trade, al otro lado de la calle, tomando con entusiasmo apuntes sobre contabilidad financiera, cálculo de bonos o cualquier otra cosa.

No me preocupa estar haciendo novillos: a primera hora he pasado por allí y he firmado la hoja de registro de asistencia, y un colega me ha prometido enviarme un SMS si de improviso les da por pasar lista. Por ahora el SMS no ha llegado, pero llevo en el bolsillo una cajetilla de Marlboro Lights por si necesito coartada para el tiempo que tardaría en bajar los dos ascensores y aparecer en el aula.

Además, tenemos algo que celebrar. Lo hemos conseguido. Wall Street. La cima, dirían algunos, para cualquier licenciado ambicioso y competente que busque su primer empleo. No recuerdo la cifra exacta, pero a diario nos recuerdan lo afortunados

que somos: la empresa recibe unas 25.000 solicitudes para cubrir los 350 puestos que ofrece en todo el mundo.

Miro por la ventana de la planta 107 y me siento confiado, incluso invencible. No siempre ha sido así. Durante mi entrevista con Lazard Frères, un prestigioso banco de inversión especializado y una de las últimas alianzas verdaderas que quedan en Wall Street, casi me mareo del vértigo al mirar por la ventana del 30 Rockefeller Plaza, y eso que no era más que una planta 57. Luego, tras una intensa jornada de entrevistas con Bear Stearns, le envié por error un correo electrónico de agradecimiento a su jefe de mercados emergentes, explicándole lo mucho que me gustaría trabajar en JPMorgan. Durante una entrevista en Goldman Sachs, un gilipollas va y me pregunta con qué persona, viva o muerta, me gustaría más cenar. Me temo que no le impresionó especialmente que eligiera a Tupac Shakur¹ en lugar de Marco Antonio o Alexander Hamilton. De todos modos, pese a todos esos tropiezos, lo que yo quería en el fondo era tener ingresos fijos, y para eso no hay mejor sitio que Salomon Brothers, seguido por Citigroup con su balance y su plataforma recién incorporada.

Sólo hay un pequeño problema: mi promoción de analistas es la mayor de la historia de la banca de inversión. Nos ficharon basándose en las cuotas establecidas a mediados de 2000, antes de hacerse evidente que la fiesta de las puntocom se había acabado. Si eso quedaba especialmente claro en algún lugar era en el equipo europeo de TMT (telecomunicaciones, medios y tecnología), que contrató a 40 analistas de primer año. El primer día de formación se les comunicó que sólo habría siete plazas disponibles, y que si no se buscaban otro equipo para cuando terminase el curso, se quedarían sin empleo.

Salvo en el caso de TMT, la mayoría de los analistas no son asignados ni se les invita a ingresar en un equipo determinado hasta que finalizan su formación. Al haber recibido una oferta

1. Rapero estadounidense (1971-1996), fue uno de los mayores artistas en ventas en su género a nivel mundial y número uno en la lista de los mejores raperos de todos los tiempos para la revista *Rolling Stone*. (N. del t.)

tras mi estancia del verano anterior como becario en el departamento de mercados de capital de deuda, yo ya sé que sí podré quedarme en él si quiero. Pero para la mayoría de los analistas, la competición acaba de empezar. Resulta que conseguir uno de los tan codiciados empleos en Wall Street no es llegar a la meta, sólo te sitúa en la parrilla de salida. Pero nadie lo diría viendo los rostros enrojecidos alrededor de nuestra mesa del Windows on the World, repleta de botellas vacías de Brooklyn Lager y bastoncitos de apio a medio roer.

A media tarde recibimos la primera de las muchas advertencias siniestras que vendrán.

—Les recordamos a todos que no sólo están obligados a asistir a todas las sesiones de formación, sino que también se espera que se comporten de manera profesional y se las tomen en serio. Además, el martes próximo llevaremos a cabo el primer examen, sobre contabilidad. Lo más probable es que prescindamos del 10 por ciento con las notas más bajas.

Un chaval británico con acento pijo, uno de mis colegas del bar, levanta la mano:

—¡Pero si estudié clásicas en Oxford! Esto no me parece justo. Parece que no todo son risitas.

—¿Y para qué te crees que sirve el curso de formación? Estoy seguro de que lo pasarás sin problema.

Eso no me perturba en absoluto; yo estudié finanzas y economía. Como no sea para aprender a usar Excel sin el ratón, la formación no me hace ninguna falta.

Resulta que los de RRHH no iban de farol. Al día siguiente del primer examen, cuelgan las notas en dos grandes tablones de anuncios al fondo del auditorio. En un pobre intento de preservar la intimidad, uno de los tablones muestra el nombre de cada persona seguido de un código numérico aleatorio. En el otro tablón están los códigos por orden numérico, junto con la nota del examen.

Como es natural, lo primero que hacemos todos es consultar nuestra propia nota: yo he aprobado de sobra. A continuación, nos pasamos diez minutos yendo y viniendo indiscretamente de un tablón a otro como cotillas, buscando las notas de nuestros amigos y las de nuestros adversarios. RRHH no se ha molestado

en aportar un resumen estadístico ni en aclarar las notas, dejando a los peor puntuados revolcándose en la incertidumbre mientras esperan alguna confirmación oficial del destino que les aguarda. Esa misma noche, el 10 por ciento con las notas más bajas recibe una notificación, en forma de simple nota que les pasan por debajo de la puerta de los apartamentos temporales de la empresa. A todos nos dan algo de envidia los que se han quedado sin compañero de habitación.

En el ambiente flota cierta indiferencia por el modo en que la empresa aborda este proceso, que todos consideramos tan desconcertante como emocionante. La semana siguiente ocurre lo mismo después del examen de matemáticas financieras. El mismo sistema: el 10 por ciento con las notas más bajas son despedidos. Esta vez tampoco tengo nada por lo que preocuparme. Pero ahora hay sangre en el agua, y debo reconocer que el proceso es, de algún modo, estimulante.

Algunos de esos chavales me dan pena. Sólo espero que hayan conservado los recibos de Barneys. Patéticamente, un chico incluso trata de vender su reloj nuevo antes de marcharse de la ciudad. Pero ¿qué coño iba a hacer yo con un Movado?

En cuanto los exámenes han quedado atrás y nos hemos deshecho del peso muerto, todo se calma de nuevo y la formación se centra en asuntos como PowerPoint, Excel, la modelización financiera y las técnicas de presentación. Nos asignan a cada uno un cubículo en una planta libre del 7 World Trade para que hagamos los deberes de clase y trabajemos en los proyectos de grupo.

Los deberes son ridículos. Enciendo el ordenador cinco minutos antes de salir hacia clase, voy al disco compartido y me copio el trabajo que algún otro ya ha entregado. Le cambio el nombre, le echo un vistazo rápido para comprobar que las respuestas tienen sentido, lo imprimo y me voy a clase. Muchos de los tipos de mi curso, especialmente los de mi grupo, hacen exactamente lo mismo.

Un día, un tipo de RRHH se presenta en el auditorio y nos dice: «Les comunico que hemos tenido que despedir a ocho de sus compañeros de clase por copiar los deberes».

Unos cuantos colegas —la mayoría de los cuales no van a durar mucho aquí— se miran unos a otros, escandalizados por el hecho de que alguien sea capaz de hacer trampas, mientras los demás nos miramos unos a otros aliviados porque no nos han pillado, haciendo así evidente la división de toda la vida entre los que se sientan en las primeras filas de una clase y los que lo hacen al fondo.

A partir de ese día soy más cuidadoso. En lugar de copiar cinco minutos antes de entrar en clase, lo hago diez minutos antes. Además le pongo mi toque personal al formato, cambio la redacción de algunas respuestas y hasta cometo intencionadamente un par de errores.

Una vez más, al cabo de una semana echan a otras cuatro personas por copiar los deberes. En esta ocasión parece que algunos de nuestros compañeros más malévolos habían comenzado a sabotear los ficheros del servidor, llegando a crear ficheros falsos con todas las respuestas erróneas. En mi opinión, si eres tan tonto que te pillan haciendo trampas, probablemente Wall Street no sea un sitio para ti.

Para celebrarlo, al día siguiente nos saltamos las clases para tomarnos un desayuno líquido en las alturas, seguido por un almuerzo en Peter Luger.

Después, la situación comienza a calmarse de nuevo. RRHH nos asegura que, salvo nuevas cuestiones disciplinarias, ya no va a haber más recortes. El resto del curso de formación transcurre sin más incidentes en el auditorio, o para algunos de nosotros, al otro lado de la calle. Pasamos las noches cohesionándonos como grupo, ya sea jugando a los bolos en Lucky Strike o emborrachándonos a bordo de cruceros por el río Hudson. No soy mucho de tarjetas de identificación ni de encuentros para conocer a gente, pero os aseguro que haber llegado a conocer a toda la gente de mi clase podría ser objeto de estudio.

La firma celebra el último día del curso de formación con una sesión de motivación en el auditorio de 388 Greenwich Street. Jefazos como Mark Simonian (director global de TMT), sir Derrick Maughan (presidente y anterior consejero delegado de Salomon Brothers), Michael Klein (director de banca de inversión) y Tom

Maheras (director de ingresos fijos) nos sueltan conmovedores discursos asegurando que no hay en el mundo otra firma en la que quisieran trabajar y que no hay mejor lugar en el que comenzar nuestras carreras.

Ahora notamos que lo hemos logrado, al menos los 272 que seguimos en la brecha. Al haber llegado tarde, he tenido que sentarme en un asiento central del fondo, de manera que no puedo largarme sin llamar la atención. Poco después de comenzar el acto, unas cuantas filas más adelante un chaval que conozco se levanta y trata de salir. Menudas pelotas. En pleno discurso pretende salir al pasillo, obligando a la gente a ponerse de pie para dejarle pasar.

«Disculpe. Lo siento. Perdón.» Es como estar en un cine, con la diferencia de que esta sala está completamente iluminada y de que está interrumpiendo a todo un Máster del Universo que en el escenario se esfuerza en hablar de su tema preferido, que no es otro que él mismo.

Al cabo de diez minutos, el chaval vuelve a bajar por el pasillo del auditorio. Esta vez, ruborizado y lloroso. «Disculpe. Lo siento. Perdón», repite una y otra vez mientras vuelve a su asiento. Joder, ¿acaso se acaba de morir su madre? ¿Qué coño le ha ocurrido? Cuando llega a su asiento, en lugar de sentarse, agarra su bolsa de deporte con los colores azul y verde de Salomon Smith Barney y se da la vuelta. Su rostro enrojecido ya se ha vuelto púrpura del todo y sus ojos saltones derraman un torrente de lágrimas. «Disculpe. Lo siento. Perd... ah... ah... uh... ah... ah...» Las palabras ya ni siquiera le salen sin lloriquear. Se esfuerza en disimular el llanto, pero con ello casi hiperventila. Es algo desagradable. Y de repente, como si no hubiera pasado nada, desaparece.

Entretanto, en el escenario, sir Derrick Maughan concluye su discurso. «Les felicito por formar parte de la promoción de analistas de 2001, la más cualificada de nuestra larga historia.»

Al cabo de cinco minutos, otra analista se levanta y sale. Pocos minutos después vuelve, recoge su bolso y su bolsa de lona y se marcha, con un aspecto más estoico que el tipo de antes, pero igualmente afectada. A estas alturas, unos cuantos del fondo ya comenzamos a sospechar que algo va mal. Cuando la chica sale,

veo que al pasar le dice a un amigo «Me acaban de echar». La mayoría de los asistentes sentados desde la mitad de la sala hacia adelante aún no se han enterado de lo que ocurre detrás de ellos.

Transcurridos otros cinco minutos, otro tipo se levanta y se dirige a la salida. No parece ser consciente de que está a punto de ser despedido. Desde el fondo, alguien le grita «¡Tío, no te olvides la bolsa!», provocando más de una carcajada.

Por fin, con tanto trajín y murmullo propagándose por la sala, la gente empieza a descubrir qué pasa. La chica asiática que se sienta a mi lado, que nunca me había dirigido la palabra, dice «Mierda. Me han echado por debajo de la puerta un aviso para que me pase por RRHH esta mañana a las 10 y cuarto. Eso es dentro de 10 minutos. Creía que iba a ser para decirme qué equipo me había tocado. Pero está claro que no». Dicho lo cual se levanta, dice «así son las cosas, gente» sin dirigirse a nadie en particular, y se larga.

La confirmación de las noticias, y el significado de los avisos de RRHH, ya se han extendido a toda la promoción de analistas. A estas alturas, todos los que han recibido un aviso de RRHH se levantan y se dirigen a la salida.

En el escenario, Michael Klein sigue con lo suyo como si nada. Nos asegura que algún día podríamos llegar a ser como él.

Después me entero de que el primer tipo al que han despedido había rogado a los de RRHH que entrasen en el auditorio a recoger su bolsa para ahorrarle el vergonzoso y lacrimoso paseíllo, pero estos se habían negado. Pero no os preocupéis, me han dicho que ahora es un corredor de bolsa de éxito.

No te disculpes por llegar tarde con un *latte* de Starbucks en la mano.

Si alguien te pregunta algo y no sabes la respuesta, despréciale. Mejor ser un gilipollas que parecer tonto.

Está bien cambiar la posibilidad de llegar a los 80 o los 90 por la garantía de pasarlo bien cuando tienes 20 y 30.

No uses zapatos tan llamativos que puedan ser reconocidos por debajo de la puerta del WC.

Los consejos que des a tu hija dependerán casi por completo de lo atractiva que sea.

